que no pasaran á la ejecucion sus amenazas, que no solo se bautisase, sino ue se apartara del padre misionero, del gobernador y de todos sus aliados, para restituirse solos al Nayar, se mantuvo terco en quererlo ejecutar.

Todo esto entendió D. Pablo Felipe, por lo mismo que se le recataba; porque escuchando atento, oyó y percibiò lo que parlaban: comunicólo al gobernador, que con este aviso reprendió públicamente al viejo, para preocupar la representacion, que temia le hiciese el "Tonati." Estaba ya este tan persuadido de las razones, del Anciano, que no cesó en repetir instacias próponer razones para exajerar su peligro: consiguió por fin no entrar en Zacatecas, donde se encaminó el padre Juan Tellez á aguardar en el colegio, que tiene en aquella ciudad la compañía que se reclutasen y marchasen los soldados. El señor gobernador, el "Tonati" y los que le acompañaban tomaron el camino hácia la Villa de Jerez, en que creyó aquel prudente caballero conseguir sin dificultad, que se detuviese el perturbado príncipe. Mas luego que llegó, conoció que se habian engañado sus deseos; porque aunque se valió de todos los medios que discurrió su sagacidad, no pudo embarazar su marcha, aunque al emprenderla le prometió en secreto, que en llegando á la puerta de la Sierra, se pasaría furtivamente á nuestro campo con su familia, y los que quisiesen seguirle. Con este consuelo salió el señor gobernador para Zacatecas á disponer la recluta, y marcha de los militares al mismo tiempo que la apresuraban los indios hàcia el Nayar.

CAPITULO XII.

Reclútanse en dos compañías cien soldados, y marchan á las fronteras, tropezando desde luego con inconvenientes, contradicciones y temores.

Antes de que llegasen á Zacatecas el padre Juan Tellez y el gobernador D. Juan de la Torre, habia perturbado aquella ciudad el demonio, continuando sus maliciosas porfiadas instancias en embarazar la entrada del Evangelio en el Nayar. Y como tan diestro en sus astucias conoció que el mas seguro atajo era poner en el principio del camino los embarazos: valióse de algunos caballeros y de otros, que siéndolo en realidad, no lo parecian; introdujo en los pechos de todos éstos una maligna envidia,

haciéndoles notable impresion ver á D. Juan de la Torre con trasformacion tan repentina empuñar el baston de general, y el oirle saludar como á gobernador de un nuevo reino; otros con visos de mas juicio alegaban otros motivos para improbar la jornada y entrada en el Nayar, calificando de temeridad el emprenderla con solo cien soldados, que irian sin duda como víctimas, para caer mas que á los filos de los alfanges de los bárbaros, á los de la inconsideracion; otros aun llegaron á juzgar por desperdicio el desembolso de la Real Hacienda, dificultando que se sacase el dinero de las Reales Casas.

Mas el señor Virey, informado por el capitan D. Santiago, que con mas que ordinaria diligencia repitió el viaje á México, allanó esta dificultad, que era el mayor embarazo, con nuevo despacho; y cooperando el señor corregidor y los oficiales reales, se dieron luego los primeros pasos, levantando la bandera el dia veintinueve de Junio del año de mil setecientos veintiuno, con tanta felicidad, que dentro de muy pocos dias se alistaron en aquella ciudad cincuenta soldados. Enarbolóse el estandarte en que estaba la devota imágen del Santo Cristo de Zacatecas, que entonces con grandes cultos se veneraba en su templo por los muchos milagros que obraba, y ahora por nuestras culpas reducida á cenizas en aquel voraz incendio, que asustó á sus devotos ciudadanos, lloramos su tan sensible falta. Bendíjose con toda solemnidad el estandarte en la iglesia de nuestro colegio, y el dia veintitres de Julio salieron nuestros soldados con su capitan D. Santiago de Rioja y Çarrion, de esta ciudad para Jerez, donde se

alistaron otros cincuenta, llenando este número su capitan D. Alonso de Reina y Narvaez.

El dia siguiente partieron á aquella villa el padre Juan Tellez y el gobernador D. Juan de la Torre, para atender el uno al aliento y el otro al espíritu de los soldados; y pocos dias despues llegó á Zacatecas el apostólico padre Antonio Arias de Ibarra, á quien aunque al principio asustaron los discursos melancólicos que aun se hacian y parecia que convencian de desesperada la conquista, con la confianza en Dios se le desvanecieron aquellas sombras y quedó tan consolado y tan animoso en seguir esta gloriosa empresa, que luego dejó aquella ciudad, encaminándose á Jerez. Y aunque del todo olvidado de aquellos pronósticos infaustos, como confesó el mismo padre en el camino, no sintió el desaliento; más luego que visitó al gobernador, se halló tan apretado de nuevas congojas, que fué menester todo el valor de su varonil espíritu, para no dar lugar á la melancolía de nuevos funestos discursos; porque pocos dias antes habia acometido á aquel caballero un accidente de aquellos que no saben sujetarse á la cura, y habia nacido de haber cavado demasiado la aprension en asegurar la firmeza de los cimientos para tan grande obra. Avisóse con toda diligencia al señor Virey este no previsto embarazo. Mas antes que llegasen las providencias que se esperaban de su Excelencia, se reconoció en el gobernador tan extraordinaria mejoría, que á juicio de todos y aun al suyo estaba capaz de ponerse en camino en seguimiento de las compañías que habian ya marchado para la frontera de Gua-

juquilla, como lo ejecutó, acompañándole el mismo padre Antonio Arias; pero asì en el camino, como despues de llegados al pueblo, volvió el traidor accìdente á presentarle repetidas veces la batalla.

Añadióse á estos desconsuelos el de la mala disposicion de los Nayeres, que ya se dejaba percibir; porque no solo se hizo reparable que no hubiese venido algun embajador á visitar á su gobernador en nombre del "Tonati" y de los principales que componian su bárbara República, sino que se notó que desde que entró aquel príncipe en la Sierra, no habia salido á comerciar Nayerita alguno. Confirmó estos recelos pasando á ser certidumbre la sospecha, el que un indio del pueblo de San Andrès Cuameata, de los mas principales de aquella frontera, que es la mas inmediata al Nayar: despachó á un hijo suyo avisando á D. Pablo Felipe que los Nayeritas estaban tan lejos de admitir á los padres y soldados, que antes hacian gran prevencion de armas para disputarles la entrada, añadiendo aun, que habiendo pasado algunos de los embajadores del Nayar á aquel pueblo á convocarles en su ayuda, les habian representado que sus hijos les suplicaban encarecidamente que cuando entrase D. Pablo Felipe á sacar tropas auxiliares, le aprehendiesen, y á buen recaudo le condujesen preso à la Mesa; concluyendo por fin, que algunos viejos de Cuameata habian prometido ejecutar lo que rogaban. Por cuyo motivo les prevenia, que D. Pablo excusase aquella entrada ó que en caso de serle forzoso pasar allí la lista de los soldados que habian de salir de aquel pueblo, llevase competente escolta para su resguardo.

Todo esto se avisó prontamente al señor gobernador; pero como fué en ocasion de alguno de aquellos cortos intervalos que le permitia su accinente, no dió crédito, engañado de otro indio del mismo pueblo que le alentaba con tan diferentes alegres noticias, que desmentian las otras. Serenóse finalmente esta tormenta de cuidados y temores con haber llegado inmediatamente un expreso, que de la ciudad de Zacatecas despachó el señor Conde de Santiago de la Laguna, D. José de Urquiola, con que avisaba la nueva determinacion de su Excelencia, que le ordenaba tomar á su cargo la empresa del Nayar en caso de hallarse D. Juan de la Torre en estado de no poderle desempeñar por su enfermedad. Mandaba tambien su señoría á los capitanes que suspendiesen hasta nueva órden suya la marcha, y que le informasen del estado del gobernador y de su accidente. Quiso tambien que le enterasen los padres misioneros, obligándoles con una carta tan llena de atenciones, que no pudieron excusar la respuesta, despues de haber serenado el escrúpulo que se les proponia; porque siendo preciso que corriese la expedicion por mano de uno de los dos generales, y siendo tambien forzosa consecuencia que resultasen muchas y de grave peso de la mudanza de jefe, hallando por parte de D. Juan de la Torre unas razones que le aseguraban la empresa, y otras, que le imposibilitaban el acierto; y por parte del señor Conde muchas de consideracion, para no arriesgar la conquista, si su señoría mandaba las tropas y daba las providedcias para el desempeño de tan importante expedicion,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

temian aquellos sábios prudentes jesuitas tomar la pluma para responder á la consulta. Por último, deseosos de que se consiguiese la reduccion, resolvieron responderle á su señoría con tal ambigüedad, que ni diese motivo à que les recargase la incertidumbre del suceso, ni que pudiese influir á la determinacion que tomase el señor Conde, su dictámen, y se viese obligado á venir á la frontera, para que debiendo el informe mejor á sus ojos y pulsando por sí mismo al enfermo, aplicase el remedio mas conveniente á tan crítico peligroso accidente.

No se descuidaba en este tiempo el señor gobernador en adelantar la conquista, ejecutando todos los medios que le parecian mas concernientes, cuando pasados los efectos de la enfermedad, se verificaba que discurria; y no se puede negar que los que ejecutó aseguraban el acierto. Despachó varios correos llamando para el pueblo de San Nicolás á otros muchos amigos, y al Nayar envió á un indio, que aunque vivia en aquel lugar, era de nacion *cora*, en quien concurrían la fidelidad, el amor al gobernador, y el que á él tenian los Nayeritas, muchos parientes suyos, y todos los de su misma lengua. Instruyóle con tales advertencias, que se discurrió produjese esta negociacion los buenos efectos que se deseaban. El indio, que era muy hábil y capaz, añadió á las del gobernador otras precauciones suyas, en que le imponia su propia sagacidad y el deseo de la reduccion de sus paisanos.

Llegó finalmente tan bien apercibido al término de su embajada, que despues de saludar á aquellos bárbaros en nombre del gobernador, les dijo que

éste venia á recibir la obediencia que debia dar al Rey nuestro señor, y que al traer soldados, era para que el mayor y mas calificado número de testigos solemnizase mas la funcion, y para acompañar á los padres misioneros, obligándoles á esta demostracion el respeto debido con que los cristianos veneran á los Ministros de Dios. Propuestos estos puntos, á que se reducia la instruccion del gobernador, habiendo ya cumplido su comision, les ponderó como compadecido de su riesgo, si llevase por respuesta su resistencia, el valor de sus soldados, encareciéndoles lo mucho que creceria su número si con la tardanza en admitir á D. Juan de la Torre daban lugar á que entrase el Conde de Santiago de la Laguna, á quien ya aguardaban en Guajuquilla. Mas aunque les dió tan recia batería la ponderacion de su peligro, dilataron la respuesta hasta oír la que daban todos los principales, a quienes era inexcusable consultar.

Llamábase este indio D. Cristóbal Gerónimo, cuyo nombre merece lugar en esta historia, por el que se ganó con sus cristianas acciones: fué siempre fidelísimo, desmintiendo á su nativo color sus operaciones, con que ayudó mas que otro alguno á la conquista, no solo con sus consejos, tan fundados en el conocimiento del genio de los Coras, que eran no pocas veces aplaudidos como oráculos, sino con grandes arriesgadas obras, atropellando peligros y metiéndose entre los contrarios, ya para amedrentarles con las armas en la mano, ya divirtiéndoles con las varias especies que les sugeria. Yo tuve el consuelo de contarle muchos años entre mis feli-

greses en este pueblo de Santa Rita, y el dolor de verle morir en mis manos, recibidos los Santos Sacramentos, y el de darle sepultura; mas si su pérdida fué tan dolorosa por la que aquel dia hacia esta nueva cristiandad, siempre he quedado lleno de confianza de su gloria por sus tan ejemplares cristianas costumbres.

Al tiempo en que se habian ya juntado de resulta de los correos que envió el gobernador á las fronteras y á otros siete pueblos mas para conferir los puntos que dificultaban el progreso de la empresa, llegaron á Zacatecas las cartas en respuesta á la del señor Conde. Y aunque las de los padres dejaron sin resolver la cuestion, los capitanes en las suyas le avisaban abiertamente, que el estado de la enfermedad del gobernador hacia ya necesario el mando de su señoría, y obligaba á que se aguardese ya con impaciencia su persona. Reconocia el señor Conde, así por la irresolucion de los misioneros, como por la claridad con que hablaban los capitanes, que ya le era preciso acelerar el viaje, y sin mas tardanza se puso en camino á la frontera de Guajuquilla, acompañándole algunos personajes de Zacatecas. Recibiéronle con aquella solemnidad que acrecienta la multitud y el estruendo, aumentándose el ruido de los tiros, con el alarido y grito de los indios fronterizos, que en número muy considerable habian concurrido á la consulta.

Luego que llegó el señor Conde, deseoso de atraer así las voluntades de los indios como las de algunos soldados, que no se le escondia á su viveza ser contrarios á su mando, comenzó con la generosidad de

su magnánimo coraron y con la de su mano á jugar las armas de las dádivas y de los cariños; y aunque del gobernador no habian experimentado tan crecidas bizarrías, perseveró tan declarada á su favor la fineza que los indios fronterizos, sin temor de que pudiera parecer sospechosa su lealtad, dijeron sin ningun recato, que estaban prontos á servir á su Majestad sin costo alguno de sus reales haciendas, hasta verter, si fuera necesario, toda su sangre por nuestra santísima ley; pero que no les agradaba la mudanza de jefe, que se intentaba. Ni anduvieron menos francos en explicarse no pocos soldados españoles, que llevados de sus fines particulares y gobernados de sola su voluntad por ser parientes unos y otros paisanos del gobernador, no acertaron ó no quisieron dar oídos á la razon.

Esta discordia dividió en parcialidades el campo; y asi se vieron obligados á buscar otro rumbo, y tomar otro temperamento, para no tropezar con tantos embarazos. Se discurrió despues de varias consultas y controversias, que el señor Conde, valiéndose del título de coronel, entrase tambien en el Nayar en compañía del gobernador, á que á ley de caballero se allanó, sin hacerle disonancia los celos que pudieran dar á su autoridad el ajeno mando. Considerábase que por este medio se ocurria al mayor inconveniente; porque en caso de que en el camino asaltase al gobernador el accidente, que por entonces se habia retirado, iba en la asistencia del señor Conde prevenido el remedio. Ni habia recelo de que pudieran en aquel caso turbarse los parcieles del jefe, pues entrándoseles el desengaño

por los ojos, se verian necesitados por no volver atrás á pedir ellos mismos que pasase á otra mano el baston.

Este medio, que fué aplaudido por el mas acertado, se quedó en la ineficacia sola de la especulacion, sin que llegara el caso de experimentar con la práctica su eficacia; porque el señor Conde, hablendo observado lo bien concertado y armonioso de los discursos de D. Juan de la Torre, no solo en las conversaciones familiares, sino aun en la solemnidad y formalidad de lo jurídico, por lo juicioso de sus respuestas, claramente echó de ver desde luego que se le podia fiar enteramente la empresa, no habiendo indicio de que volviese á repetirle la enfermedad. Contentóse por entonces, avisando con los autos que habia formado al señor Virey: dió permiso para que marchase á la puerta del Nayar el ejército, y prometió no salir de Guajuquilla, protestando que el no retirarse era para que le hallase mas inmediato cualquier novedad, y encargando á este fin á los capitanes la prontitud de las noticias. Mas despues de haber salido el ejército, debieron de sobrevenir motivos tan urgentes, que le ejecutaron á restituirse á su Palacio, siguiéndole aquellos caballeros que le vinieron acompañando: esperaba siempre casi con impaciencia las novedades del Nayar y de México en la ciudad de Zacatecas, donde aunque le habian de encontrar mas de lejos las noticias de esta provincia, le hallarian mas cerca las órdenes de su Excelencia.

CAPITULO XIII.

Sale de las fronteras nuestro ejército, y alójase en el sitio que señalaron los Nayeres, donde se descubren las primeras nuevas asechanzas de su alevosía.

El dia veintiseis de Setiembre del año de mil setecientos veintiuno salió de Guajuquilla la Alta nuestro campo para entrar en otro de tantas malezas por lo poco transitado, por lo muy lleno de peligros, por sus áspeaas cuestas y precipitadas laderas, que apénas se daba paso, en que no se tropezase con un susto. Aumentaba los recelos, el que con graves fundamentos se tenia de ser alevosamente asaltados de los indios; porque las treinta leguas de travesía hasta llegar á la Puerta, estaban despo-